

ANNE OSTBY

PORCIONES
DE
FELICIDAD

Traducción:

MAR VIDAL



MAEVA

Una invitación y un reto

Korototoka, Fiyi, 25 de julio de 2012

Mi querida amiga:

¿Todavía te puedo llamar así?

Los sellos de la carta te habrán despertado curiosidad, estoy segura, pero probablemente ya has adivinado quién soy. Unos sellos con imágenes de iguanas y peces loro solo pueden ser de Kat. Una voz que proviene de hace muchos años, de la hermandad que nos unió. ¿Crees que la podríamos llegar a recuperar?

Gracias por los abrazos y por tus palabras cariñosas cuando más las necesitaba; sé que no te fue posible dejarlo todo y cruzar medio mundo para asistir al funeral. Desde donde estás, debe de ser difícil imaginarse a alguien acompañado hacia la eternidad por un coro fiyiano de cuatro componentes mientras los dolientes se acercan llevando estores tejidos, curiosamente. ¿Cuántos estores de paja necesita quien se marcha?, te preguntarás. Y yo debería responderte, como me explicó Ateca: «Tantos como hagan falta para honrar la vida de Mister Niklas». De modo que extendí los estores por todo el porche. Frondas de palma seca tejidas formando una cuadrícula en la que se representaba un ancla para el cuerpo y unos cimientos firmes para los pensamientos, que, aquí en Korototoka, a menudo se hunden en los anocheceres ardientes junto a los murciélagos.

Por las noches aparece la añoranza, la intensa y dolorosa nostalgia de Niklas y de la vida que vivimos juntos. Una maratón de miseria global, podrías decir. ¿Una carrera de fondo contra una pandemia global, o una crisis medioambiental en cada estación de agua? Sí, eso también. Pero no cambiaría nada. Los brotes de malaria, la falta de agua, las

noches de picaduras de pulga que escocían..., todo eso me enseñó a conformarme con lo que hay. Ya sea vivir sin dinero, sin papel higiénico, sin champú, o sin una buena pensión de jubilación. O sea que aquí estoy, sentada en un punto diminuto en medio del océano Pacífico, sin pareja, pero no por ello indefensa.

Y tampoco sin amigos, espero. Tengo seis hectáreas de árboles de cacao y una casa muy espaciosa. Tengo el cuerpo lleno de pequeños dolores y molestias, pero planté los pies en tierra fijiana y tengo la intención de permanecer aquí hasta mi último anochecer. ¿Por qué no vienes? ¡Deja atrás todo aquello que no ha funcionado! ¡Llévate todo lo que todavía importa y múdame a una habitación de Vale nei Kat, la casa de Kat! Este puede ser el lugar de nuestro reencuentro, y si no hay nada por encontrar, ¡crearemos algo nuevo!

No he sido la mejor manteniendo el contacto; sé que no tuviste muchas noticias mías desde Nepal, Afganistán o Mauricio. Pero te he echado de menos, he echado de menos a todo nuestro viejo grupo. Leí tus cartas y tus correos electrónicos, he visto las fotos de tus hijos y de tus nietos. Y ahora me pregunto, ¿sería posible volver a reunirnos de nuevo, después de un paréntesis de más de cuarenta años? ¿Te gustaría que volviéramos a encontrarnos y poder recorrer juntas el último tramo? ¿Para intentar ayudarnos si alguna se cae y otra cojea, para sumergir nuestras rodillas doloridas en estas olas cálidas y saladas y enterrar nuestros pies en la arena blanca?

No busco mano de obra gratis; la plantación está en buenas manos. Korototoka es un pueblo dedicado al cultivo del cacao, y Mosese, el capataz, se ocupa de cultivar, fermentar y secar los granos. Pero ¿tal vez podríamos montar algo nuevo aquí, probar suerte juntas? Podríamos hacer chocolate o una loción corporal con delicioso olor a cacao... ¿Qué te parece?

Seguro que entenderás por qué no podía mandar esto por correo electrónico. Una carta puede tardar días y semanas en su recorrido de un mundo al otro, y ese camino ayuda a las palabras a adquirir la profundidad y la gravedad adecuadas. Ahora, cuando se posan en tus manos, han tenido tiempo de madurar y de suavizarse y de haber sido

acunadas por la curvatura del papel, listas para atraerte hacia aquí. ¿Puedes percibir el sabor de la papaya y del coco? ¿Puedes oír el viento silbando a través de las palmeras de la playa? ¿Puedes ver el arco del horizonte, donde el Pacífico se funde con el cielo?

Por supuesto, si la rasqueta del hielo, el radiador del motor y la factura de la electricidad te resultan más tentadores, te ruego que dejes esta carta en un cajón para no volver a leerla nunca más. Una carta puede desaparecer fácilmente en su camino a través de los océanos, y el servicio postal que cruza el Pacífico es menos de fiar que un ciclón tropical o un ministerio de Fiyi. En ese caso, nunca la recibiste y no habrá preguntas.

Ahora voy a echarla al correo, y acariciaré los sellos otra vez para atraer la suerte, con la esperanza de que el viento te acercará a mí. Tal vez Vale nei Kat pueda ser un hogar para todas nosotras, una casa de mujeres en la que podamos soñar, tener esperanzas, beber, reír, luchar y llorar juntas. Hasta que los vientos se nos lleven por encima de las olas y sean nuestras esteras las que acaben ascendiendo por las escaleras y tendidas a lo ancho del porche.

*Lolomas,
Kat*

1

Sina

—¡E

stoy arruinada, lo siento!

Llevan varias décadas sin verse y lo primero que a Sina se le ocurre soltarle a Kat es el deprimente estado de sus finanzas... ¡Por Dios! Se muerde el labio con fuerza, tratando de controlar el temblor, y le abre los brazos a la mujer alta y sonriente que la recibe con unas gafas de sol en la cabeza.

—Yo... ¡Oh, Kat! ¡Me alegro tanto de verte! ¡Estás espléndida!

En el vestíbulo de llegadas del aeropuerto de Nadi, rasgueando una melodía alegre de bienvenida, una banda de ukeleles recibe al grupo de turistas ataviados con *shorts*. El cantante, con una camisa de estampado vistoso y una flor detrás de la oreja, le hace un guiño a Sina, que rápidamente se aproxima más a Kat.

—¡Bula! —exclama Kat, y el ceño preocupado de Sina se pierde en el cálido abrazo de su amiga—. ¡Bula vinaka! Ya estás aquí, eso es lo que importa. Una cosa tras otra, todo irá bien. ¡Deja que te vea! —Kat aparta un poco a Sina mientras le dedica una sonrisa ancha y luminosa, y todo vuelve a ser como en los viejos tiempos. Luego le da otro abrazo—. ¡No puedo creer que estés aquí!

—¡Ni yo!

Sina ahoga unas cuantas lágrimas. Tiembla de agotamiento después de un periplo que le ha llevado casi cuarenta y ocho horas, y se sobresalta con una nueva apertura del trío de

ukeleles. Un par de anchas caderas envueltas en un estampado de flores anaranjadas se le acercan contoneándose.

—*Bula*, madam. ¡Bienvenida a Fiyi! —La mujer, con una sonrisa brillante de dientes blancos y luminosos, le coloca una guirnalda de flores alrededor del cuello. Sina empuja el carrito con su equipaje y avanza tambaleándose detrás de Kat mientras se adentran a la noche oscura, calurosa y húmeda de octubre. Korototoka queda a dos horas en coche de allí.

La oscuridad aquí es más densa que en casa. Tan pronto como dejan atrás las brillantes luces del aeropuerto, es como si se encontraran en un túnel sin paredes, tan cerrado y a la vez tan abierto que a Sina le marea.

—Mira las estrellas —la anima Kat, y Sina mira hacia fuera y levanta los ojos a través de la ventanilla bajada.

El cielo nocturno es un laberinto de puntos brillantes, una explosión helada de fuegos artificiales. Vuelve a inclinar la cabeza, siente la necesidad de volver a centrar la mirada en el interior del coche. Kat la mira y le sonrío.

—Espectacular, ¿eh?

De pronto pisa el freno bruscamente. Sina sale disparada hacia delante, pero el cinturón de seguridad la frena; vislumbra apenas un caballo escuálido que se precipita a un lado de la carretera. Kat mueve la cabeza y sigue adelante, ahora un poco más despacio.

—De noche, cruzar estos pueblecitos puede resultar peligroso. Los animales se pasean sueltos, y nunca sabes si se te aparecerá una vaca en medio del camino.

Tienen el océano a un lado, los árboles al otro, dunas de arena, campos con unas plantas que no reconoce.

—Caña de azúcar —le explica Kat—. Aquí, el azúcar y el maíz son los dos cultivos más importantes.

La oscuridad se interrumpe de vez en cuando por núcleos de casas; la luz de una bombilla brilla aquí y allá. Sina entrecierra los ojos para intentar ver la forma de las edificaciones, se da cuenta

de que algunas de las que están junto a la carretera son pequeñas cabañas hechas de metal ondulado. ¿Es así como van a vivir? Ella ha sido la primera en llegar a Fiyi; Ingrid y Lisbeth lo harán en las próximas semanas. Y finalmente, también Maya; al parecer, ha tenido que resolver algunos problemas de salud con sus médicos. A Sina la invade cierta agitación: ¿habrá sitio para todas? Espera que no acaben apiñadas las unas sobre las otras.

Pero *Vale nei Kat* no es ninguna cabaña de metal ondulado. A medida que se acercan a Korototoka, pasan por un sendero con casas a ambos lados.

—Este es el camino principal —le explica Kat. Serpentean hacia la playa, y al final de la calle, Kat dobla hacia un patio—. ¡Y ya hemos llegado!

Aparca frente a una casa grande de una sola planta, con un techo que sobresale como un sombrero, puntiagudo en el centro. Un porche amplio con voladizo envuelve la fachada. El techo que cubre el porche está sostenido por tres columnas envueltas en gruesas cuerdas. Hay un par de cabañitas a ambos lados del patio, y un sendero marcado con cantos redondos que desaparece hacia la parte trasera de la casa. En el porche, iluminado por la luz de unas antorchas al pie de las escaleras, se ven unas sillas de mimbre y una hamaca.

Mientras Sina sale a trompicones del coche, una puerta con mosquitera se abre con un chirrido, y una figura bajita y robusta, con una mata de pelo encrespado, aparece como un halo a la luz de la lámpara.

—*Bula vinaka*, madam. ¡Bienvenida!

Kat le ha advertido que el ama de llaves probablemente la estaría esperando, a pesar de lo tarde que es.

—Ven a saludar a Ateca —le dice, mientras arrastra la maleta de Sina escaleras arriba—. ¡Está muy ilusionada con tu llegada!

Sina le tiende la mano.

—Me alegro de conocerla.

Pero en lugar de tenderle a su vez su mano regordeta, Ateca se tapa la boca, lo cual no impide que la risa se le escape

por entre los dedos. Todo el cuerpo le tiembla con espasmos de alegría mientras se apresura a tomar la maleta de las manos de Kat.

—La llevaré adentro para Madam.

Sina no sabe qué le sorprende más, si la risa inesperada o que la llamen «Madam» por primera vez en su vida. Pero se olvida tan pronto como Kat le hace un gesto con la mano para que se acerque a la barandilla del porche.

—Ahora no puedes ver las vistas, pero puedes oír las, ¿no?

Sí, Sina puede oír. Con el rostro vuelto hacia el océano, puede oír como Fiyi le da la bienvenida. El rumor de la brisa contra la arena, el ritmo del agua y la luz de la luna, y las promesas que no es capaz de descodificar. Siente la brisa cálida sobre la piel húmeda, una ráfaga de algo dulce y placentero, una gota de miel en la lengua. Entre la casa y la playa, hay una hilera de troncos altos y delgados, que se ven oscuros delante de la luna pálida.

—¿Son estos los árboles de cacao de los que me hablabas? —pregunta Sina, pero Kat niega con la cabeza.

—No, no. La plantación está un poco más lejos, al otro lado del pueblo. Esto son cocoteros, aquí crecen por todos lados. —Rodea a Sina por los hombros y le da un abrazo—. Esto te encantará, Sina —le dice—. Todo irá bien.

Sina asiente con la cabeza. Se lo repite para ella misma, como un eco que quiere que devenga realidad. Todo irá bien.

Pero eso no cambia el hecho de que está arruinada. Sin un céntimo a su nombre. Sina todavía no puede creer que lo haya hecho realmente. Cerró la puerta y lo dejó todo atrás: la casa, la filtración alrededor de la chimenea y el coche que necesita neumáticos de invierno. Aquí está, en una cama extraña en una tierra extraña, sin un céntimo. Como Armand. Sina se revuelve, se da la vuelta y lanza un suspiro profundo. Pero ¿cuándo no ha estado arruinado Armand? Arruinado podría ser su apellido, piensa, y visualiza la cara de su hijo en su pasaporte con

«Armand B. Guttormsen» impreso debajo. Tiene el pasaporte lleno de sellos.

De Argentina, donde él se quedó cuando zarpó el petrolero. «No era mi intención, mamá —le explicó—. ¡Me dieron la información equivocada sobre cuándo tenía que marcharme!» En Rusia fueron los casinos lo que lo atrajo. «¡Es una cosa absolutamente segura, hay un montón de dinero en metálico con el que no saben qué hacer!» Luego, el tema inmobiliario en el Caribe. «Me enseñaron las propiedades, con sus vistas impecables, justo en la playa. ¿Cómo iba a imaginarme que las escrituras eran falsas?» Una fuente de riqueza secreta y emocionante relacionada con el petróleo en Canadá, una urbanización de lujo en la costa oriental de Malasia. «Una oportunidad única en la vida, ¡no te lo puedes ni imaginar! ¡Unos cuantos turistas forrados y será una mina de oro!»

Pero ha habido muy poco oro, y la mina siempre ha tenido que ser ella, piensa Sina, mientras se tapa con la sábana fina. Una mina que ha sido vaciada, o mejor, expoliada de todo lo que brillaba y un poco más. Se tumba de costado mientras el viento llena la oscuridad, al otro lado de las ventanas con mosquiteras, de sonidos extranjeros: los crujidos de las hojas secas de palma, el estruendo continuo del océano que subyace a todo. No se puede creer que esté allí. Sina Guttormsen, sesenta y seis años, jubilada, nueva residente de una casa, o no, de una *bure*, así es como lo llaman allí, en Fiyi. ¡Fiyi! Ni siquiera sabía dónde estaba: sacó un mapa del Pacífico Sur y escudriñó los puntos diminutos al norte de Nueva Zelanda; eran como miguitas arrancadas de la costa este de Australia y esparcidas descuidadamente por el océano entre Vanuatu y Tonga. ¡El Pacífico! Siente el latido seco y duro de su corazón dentro del pecho. Su corazón, por encima del rumor eterno y paciente de ahí fuera.

La cocina en el 19C Rugdeveien, tres meses antes. Otro mísero día de verano llegaba a su fin, otro atardecer con tazas de

café que se quedaban tibias, a medio terminar. Había intentado ver la tele, leer una revista, había probado suerte con el juego de la lotería, con sus habituales cinco aciertos de siete, y en la página web de *Encuentra el amor después de los 60*, sin caras nuevas. Seis colillas apagadas en el cenicero y el silencio en la cocina, que se posaba como polvo en la boca. Y el reloj de pared con su carcasa de plástico rojo se tragaba el tiempo a grandes bocanadas. ¿Y ahora qué? ¿Lo harás? ¿Por qué no? La carta de Kat sobre la mesa delante de ella:

Sina, probablemente habrás abierto el sobre apresuradamente, con un nudo de preocupación en el estómago. ¿Qué pasa ahora? ¿Quién es, desde el otro lado del planeta, quién viene a pedirme algo?

No hay nada de qué preocuparse. Nadie quiere engañarte ni estafarte. Es una invitación. Hacia vientos cálidos y noches suaves, a una silla de mimbre en un porche con vistas al océano Pacífico. ¿Lo quieres? ¿Te atreverías a venir?

Se levantó de un salto cuando oyó el timbre del teléfono. El teléfono de casa en el pasillo, un gemido largo y agudo, una reliquia del pasado de baquelita gris. Una llamada de alguien que sigue teniendo su número fijo apuntado en su libreta de direcciones.

—¿Diga?

Una breve vacilación y estuvo a punto de repetirse, con la voz un poco más impaciente. Solo impaciente, no asustada; Armand nunca llama al teléfono de casa. Siempre quiere sorprenderla cuando está más desprevenida.

—¿Sina?

—¿Sí?

—Hola..., soy Lisbeth.

Lisbeth. Exactamente la misma voz, ronca y lenta. El último párrafo de la carta de Kat pareció brillar en la mente de Sina: «En ese caso, nunca la recibiste y no habrá preguntas».

Podía haberse hecho la tonta, negarlo todo cuando su vieja amiga del instituto le preguntara si también ella había recibido

una carta del Pacífico Sur. Una carta tonta con una propuesta ridícula, una suposición arrogante de que ellas, las pobres bobas que se habían quedado en casa, no tenían nada mejor que hacer en sus vidas absurdas que dejarlo todo de inmediato y subir a bordo de un avión para reunirse con Katrine Vale.

—Hola.

Sina supo que ya se había desenmascarado. Al no actuar sorprendida ni adoptar un tono despectivo, ya se había rendido. Había revelado que aquel jueves del mes de julio, en la mesa de su cocina había también una carta idéntica con sellos de iguanas y pájaros. Descartada la opción de hacerse la loca.

—¿Tú también..., tú también has recibido una carta?

—Sí. Hoy mismo.

—Tú también. De Kat.

Sina podía visualizar la boca de Lisbeth, con los labios de tono rosa mate, mientras hacía esta afirmación con un suspiro.

—Pues...

¿Qué iba a decir? ¿Qué había pensado después de haber leído aquella hoja de papel escrita a mano, de haberla arrugado, vuelto a alisar y releerla?

—No ha cambiado nada.

—No.

La risita sorprendida de Lisbeth, como de animalito que se asomara por encima de una trampa.

Más vacilación. Sina dejó que transcurrieran los segundos hasta que no pudo soportarlo más.

—Bueno, un viaje al Pacífico Sur... ¡Qué demonios, no estaría nada mal! Si te lo puedes permitir, claro.

Le fue tan fácil como siempre. Tan fácil descolocar a Lisbeth como siempre le había resultado. Sina lo supo tan pronto como pronunció las palabras; la más mínima referencia a su fortuna adquirida por matrimonio abriría una brecha en la seguridad de Lisbeth, provocaría que su inseguridad y sus dudas asomaran por entre las capas de su maquillaje. Le harían alisarse el pelo nerviosamente con los dedos. Sina llevaba años sin ver aquel movimiento rápido de sus manos, pero

sospechaba que sus rizos castaño oscuro seguían teniendo el volumen de siempre, rígidos por la laca. Lo lamentó tan pronto el dardo venenoso salió disparado de su boca. ¡Oh, cállate, Sina, basta! Déjala en paz. Hasta Lisbeth se ha hecho mayor. ¿Lo dijo demasiado alto? Hasta Lisbeth debía de haberse hecho mayor, y vulnerable, de una manera totalmente nueva. De esa manera que empieza a surcarte el rostro alrededor de los ojos a partir de los treinta, que agarra las comisuras de tus labios y tira de ellas hacia abajo hacia los cuarenta, que se lleva el color de tu pelo y que dispara las facturas del dentista.

—Sí.

La voz de Lisbeth seguía sonando evasiva, floja como el apretón de manos entre dos personas que saben que no volverán a verse nunca más. Pero la pausa que siguió a ese último monosílabo fue demasiado larga, demasiado exploratoria. Como si buscara a alguien que dirigiera la expedición, o tal vez solo a alguien con quien pasar el tiempo.

Y ahora ahí está Sina, con *jet-lag* y las fosas nasales irritadas por el resfriado que ha pillado en el avión, asombrada ante el hecho de que hayan tenido que ir hasta una isla del Pacífico Sur para reunirse de nuevo. No solo para una reunión extrema de exalumnas, sino para vivir realmente juntas. En una *bure* con esteras de paja en el porche y con solo Kat para mantenerlas juntas. ¡Una comunidad de ancianas! La imagen asoma como un monstruo detrás de sus párpados. ¿Qué ha hecho? ¿Cómo ha acabado allí? Con cuatro paredes —tan delgadas que oye el sonido del agua del retrete circulando como un riachuelo primaveral por la casa— alrededor de una simple cama individual, y con las promesas de la luz de la luna sobre una playa de arena blanca. ¿Se ha vendido? ¿Ella, Sina, la cautelosa y precavida? Intenta calmarse. Serénate, solo has alquilado el piso, no lo has vendido, puedes volver a casa cuando quieras.

Pero, por supuesto, no puede. No puede aceptar el dinero que Kat ha dicho que le prestará encantada para pagarse el

billete de vuelta si decide marcharse. ¿Cómo podría devolvérselo? Con todos los gastos de Armand, más el alquiler y la alimentación. Ella nunca compra comida cara, y su pequeño coche gasta muy poca gasolina. Además, casi nunca conduce; prefiere usar la bicicleta. Pero, aun así, el problema siempre es el dinero; siempre ha sido el dinero. El día antes de que Armand cumpliera doce años, cuando solo le quedaban treinta coronas en la cartera. Intentó explicarle que no podrían celebrar la fiesta el día del cumpleaños, tal vez más tarde, cuando cobrara su paga... Él la miró sin decir nada, dio media vuelta y se marchó, dándole la espalda en un gesto de desprecio. Le preparó unos espaguetis con albóndigas con una vela clavada en medio del plato, y le cantó el *Cumpleaños feliz* mientras se lo llevaba a la mesa. El chico ni siquiera sonrió.

No sabe muy bien lo que pensaba cuando decidió marcharse. ¿Ella, Sina, irse a vivir a una pequeña comuna de locas en Fiyi? Sina Guttormsen, cajera de una tienda, lectora de biblioteca, ciclista comedida, siempre en el carril derecho. Con síntomas de una artritis incipiente en las manos y unos michelines que le sobresalen por encima de la cinturilla del pantalón. La madre soltera Sina Guttormsen, cuya tímida existencia cabía en un apartamento de uno de los edificios más viejos de Reitvik, con un ojo siempre clavado en su hijo y el otro en su cartera. Y aun así, conocía bien esa vida, era capaz de gestionarla y conformarse con ella. Pero ¿y esto otro? Se vuelve sobre la espalda y respira con la boca abierta, inspirando el aire cálido y húmedo que le llega a los pulmones, como si tragara el vapor de una sauna. La fina línea de hormigas diminutas que cruzan la mesa. El olor casi irresistible de los franchipanes. Las manos de Kat, tan felices envolviendo las de ella.

—¡No puedo creer que estés realmente aquí!

En el bolso que cuelga de la silla junto a la ventana está su pasaporte, una tarjeta de embarque manchada de café y las llaves de su piso del 19C Rugdeveien. Una bolsita transparente con su pintalabios, una botellita de gel bactericida y un tubo

pequeño de crema de manos. Y un móvil sin una SIM que funcione.

Sina se incorpora y utiliza la sábana para secarse el sudor de la nuca. Encuentra la botellita de plástico en el suelo, junto a la cama, da un trago de agua tibia. *Vale nei Kat*. La casa de Kat. Pero la comida también cuesta dinero en casa de Kat. Repartir los gastos significa que todas tienen que contribuir; la electricidad, el jabón y el papel higiénico tienen un precio vivas donde vivas. Se pregunta fugazmente, «¿aquí deben de usar también papel higiénico, no?» antes de recordar que sí, que ha visto un rollo colgando de un bucle de cuerda trenzada en la pared.

¿Cómo se ha hecho tan rica Kat? La mente de Sina salta directamente del asunto del papel higiénico al de la riqueza de su amiga. ¿Cómo puede ser propietaria de una finca de cacao? Una casa y veintidós acres de tierra, con un capataz que se ocupa del día a día y mano de obra adicional contratada para las cosechas. ¿No es eso lo que le ha contado en el coche? Kat, que no tiene más estudios que ellas, que simplemente se marchó el verano después de graduarse y se subió a un avión con un sueco de pelo largo y rizado. Y acabó con una vida digna de un libro de aventuras. Tres años aquí, cuatro allá, seis en no sé dónde... Construyendo un colegio para niñas en Afganistán, llevando paneles solares a la India rural, montando una finca de café de comercio justo en Guatemala. Con fiebre tifoidea después de un retiro de meditación en Nepal, una infección en la sangre causada por el coral después de hacer submarinismo entre las ballenas de Tonga. Su pasaporte debe de parecerse mucho al de Armand, un mosaico de sellos, visados y permisos especiales. Pero, a diferencia de Armand, ella lo ha hecho todo de verdad, piensa Sina mientras vuelve a tumbarse, tratando de esquivar la zona humedecida de su almohada. Kat ha conseguido cosas. Ha salido adelante, llevando el tifus y la malaria como cicatrices de guerra, como condecoraciones, como pruebas de lo que ella y Niklas lograron: la ayuda que habían llevado a los indígenas, los pozos que

cavaron, el curso de higiene que les dieron a las comadronas del poblado y que consiguió rebajar las tasas de mortalidad infantil el veinte por ciento.

Los parásitos estomacales de Armand no tienen la misma aura de logro. Los sellos de su pasaporte están apagados y descoloridos, como recordatorios de fracasos que lo hacen parecer más pequeño y patético cada vez que se presenta a su puerta con una nueva excusa. Las inversiones que no funcionaron, las promesas rotas y los socios poco fiables, los idiotas locales incapaces de identificar una buena oportunidad cuando les caía en las manos. Y ahí es donde ella abría la puerta y vaciaba su cuenta de los escasos ahorros que había conseguido juntar desde la última vez que se vieron. Es su hijo, ¿qué otra cosa podía hacer?

Se las arregló para no preguntarle a Lisbeth cuánto tiene disponible para pagarse el viaje. ¿Cuánto más debe de costar viajar en primera? ¿En *business*? Sina no lo ha hecho nunca. Sina se pregunta cómo debe de ser no tener nunca que preguntar cuánto cuesta algo. No sabe mucho del estado de las finanzas de Maya o de Ingrid, pero al menos ellas se han pasado la vida trabajando. En buenos trabajos, por lo que sabe. Ingrid como contable del County Bus Service, o ejecutiva de cuentas como ha oído que ahora lo llaman. Sus buenas notas en lengua y en aritmética les abrían un montón de oportunidades a las chicas listas como ella. Las que no gastaban más de lo que tenían y cuidaban de su reputación. Sin duda, Ingrid tiene un buen pellizco ahorrado, más que suficiente para pagarse un billete de avión a las Fiyi.

Maya estudió ciencias de la educación y se puso a trabajar como profesora en el instituto. Se casó con Steinar, que, como cabía esperar, acabó siendo administrador; había algo en su nariz, las aletas abiertas o las gafas que se apoyaban en ella, que recordaba a un halcón. Una pareja de maestros puede que nunca llegue a ser rica, piensa Sina, pero Maya debe de tener ahorrado

lo bastante como para llegar a Fiyi. Ella y Steinar solo tuvieron un hijo, una niña, ahora casada con un extranjero. Un artista que pinta paisajes; Sina lo ha visto varias veces en el periódico. A ella no le hubiera importado que Armand se casara con una extranjera, aunque eso hubiera significado que se marchara a vivir fuera. Ningún problema. Ojalá se hubiera establecido con alguien, hubiera encontrado algo, cualquier cosa, que le hubiera dado alguna estabilidad. Las imágenes parpadean en su agotada mente: Armand con una mujer de pelo oscuro, un nieto, con facciones orientales reminiscentes de la pareja vietnamita que vive en la primera planta de su edificio. El eterno deseo, la plegaria que cuelga suspendida en el aire como un hilo fino entre sus labios y un dios con el que no tiene ninguna relación: ¡ojalá Armand fuera capaz de hacer algo, lo que fuera! Tengo sesenta y seis años, piensa Sina, mientras se frota los ojos con los puños cerrados. Sesenta y seis años y estoy huyendo de mi hijo.

En el umbral de su primer sueño inquieto bajo la constelación de la Cruz del Sur, Sina se vuelve a cruzar con Kat.

—Estoy arruinada —le dice—. No puedo permitirme estar aquí.

—En el mar hay peces —le dice Kat—. No hay necesidad de pasar hambre.

—Sé hacer pan —le responde Sina.

—Cinco barras de pan —añade Kat—. Con eso basta.

2

Ateca

Querido Dios:

Sé lo que Madam Kat y Míster Niklas han hecho por mí. Te doy las gracias a menudo por que me dieran este trabajo. Sabes lo difícil que fue todo para mí después del accidente de autobús que me dejó viuda, el miedo que tuve de que Vilivo y yo no saliéramos adelante. Trabajé duro, y tú me ayudaste, Señor. Hiciste que crecieran el maíz y las habas en el jardín para que pudiera venderlos junto a la carretera, e hiciste que mis gallinas pusieran huevos todos los días. Y una tarde, cuando el *doi* floreció, llevaste las ruedas del coche de Míster Niklas a pararse frente a mi casa. Pusiste las palabras en sus labios cuando preguntó si conocía a alguien que pudiera ayudarles a él y a su esposa en la casa, y cuando me dijo el sueldo, supe que habías sido tú quien lo había llevado hasta mi vida. Cuando comprendí que pagarían la matrícula de Vilivo, que se graduaría de Form Six*, supe que habías sido tú quien me había llenado de bendiciones.

Me mandaste a Míster Niklas para que me ayudara cuando me encontraba sola. Ahora es Madam Kat quien está sola, y está llenando la casa con sus hermanas. Me doy cuenta de cómo las necesita, Señor, y ellas también la necesitan. Ninguna parece tener a un hombre a su lado, y sus hijos ya no viven

* Estudios equivalentes al bachillerato. (*N. de la T.*)

con ellas. O sea que es mejor que vivan aquí. Las hermanas no siempre han nacido de la misma madre.

Madam Kat me ha contado historias de su país, que está a muchos océanos de aquí. Me ha dicho que personas de un mismo pueblo no viven con su propia familia. Eso me parece triste, y poco seguro. Madam Kat lleva aquí mucho tiempo, conoce Korototoka, pero ¿y las otras madams que han venido, Señor? Vivirán aquí, envejecerán aquí, y yo voy a tener que cuidarlas. Ten misericordia y enséñame cómo hacerlo.

Madam Lisbeth, por un lado. Casi nunca parece feliz. Me di cuenta el primer día que llegó por su manera de dudar cuando alguien le habla. Como si nunca estuviera segura de cuál es la respuesta correcta. ¿Y por qué se queda delante del espejo mirando por encima del hombro? ¿Por qué se cambia de ropa constantemente sin que se haya ensuciado la que lleva?

Madam Sina tiene una mirada aguda como el águila de las marismas. Fuma cigarrillos en el porche con Madam Lisbeth, pero tampoco parece feliz. Sus preocupaciones le han dibujado unas gruesas líneas alrededor de la boca, y tiene una voz grave y amarga. ¿Hay algo que le da miedo, Señor?

Madam Ingrid es la más grande de todas. Tiene los brazos largos y fuertes y quiere ayudar allá donde va. El día que llegó, quiso ir a la plantación con Mosese y saberlo todo sobre el cacao. ¿Cómo puedo explicarle que a veces es mejor guardar silencio y limitarse a mirar y aprender?

Y dentro de poco llegará otra madam, una de la que no sé nada. Espero que sea fuerte y saludable, con un corazón feliz.

Madam Kat confía en mí, Señor. A menudo me dice: «Ateca, ¿qué haría yo sin ti?». Tengo que protegerla, igual que ella me protege a mí. Ayúdame a cuidar de ella y de sus hermanas para que ningún demonio proyecte su sombra sobre ellas.

Y a Vilivo, Señor. Protege también a mi hijo de las sombras.
Ayúdale y permítele encontrar trabajo para que pueda man-
tenerse, hacerse mayor y fundar una familia.

En el nombre sagrado de Jesús. *Emeni.*

3

Ingrid

Se mira en el espejito de encima del lavabo y la mujer que le devuelve el reflejo parece sorprendida. La mirada de una recién nacida, rodeada de patas de gallo, como grietas blancas en un glaseado de bronce. Ingrid solo ha tardado unas semanas en consolidar su bronceado, como si el pigmento hubiera estado reposando todos esos años a la espera, reticente a dejarse ver. Kat las ha advertido sobre el sol: «Aseguraros de ir tapadas y no escatiméis en protección solar. Os juro que al cabo de un tiempo os importará muy poco si estáis morenas». Ella misma sigue teniendo la piel sorprendentemente pálida, a pesar de los años que lleva bajo los cielos del trópico.

Ingrid todavía no está ahí. Desde que llegó a Korototoka piensa cada día en el exceso de días de su vida que ha pasado encerrada: del trabajo a casa, de casa al trabajo. Dentro del piso, dentro del despacho, dentro del coche. Durante años, su hermano trató de convencerla de que adoptara un perro. «Sería una manera de obligarte a hacer ejercicio, ¡y te haría compañía!» Su esposa había apoyado la sugerencia: «Sí, ¿no sería fantástico que tuvieras un poco de compañía?». Pero Ingrid sospechaba que el entusiasmo de Gro, su cuñada, hacia el setter irlandés de la familia se debía más al hecho de que se marchaba con Kjell cada otoño a la semana de caza. Ingrid nunca ha tenido ganas de tener un perro, ni ningún tipo de animal.

Tampoco había formado parte del grupo de mujeres del trabajo que cada verano iba de excursión a Jotunheimen, con

sus colchonetas y sus termos, que también les servían para calentarse las manos. Aunque, secretamente, estuvo tentada. De vez en cuando salía a pasear a la naturaleza, el domingo por la mañana, pero nunca demasiado lejos y siempre sin cansarse demasiado.

Se lo pasaba mejor con Simon y Petter, los nietos de Kjell y Gro. Los chicos tenían una relación más estrecha con ella que con sus abuelos, de eso estaba bastante segura. Cuando Simon tuvo dificultades para aprender a leer, fue la tía Ingrid quien tuvo la paciencia de sentarse a su lado y practicar con las letras y las tarjetas de palabras. Cuando iba a su casa, Petter podía merendar en el sofá o acoger a un gato vagabundo. Por supuesto, entendía que cuidar de los hijos y trabajar a tiempo completo debía de resultar agotador, por supuesto que no le importaba que los chicos se quedaran a dormir en su casa cuando su madre tenía que viajar por asuntos laborales o le tocaba el turno de noche. Se llevan bien, los chicos y ella, es simplemente eso. No parece inmutarse mucho cuando llegan, pero le gusta cocinar para ellos: tacos, pizza, alitas de pollo, nada sofisticado. ¿Es por lo jóvenes que son por lo que resulta tan fácil estar con ellos? No espera que deban tener algo en común: las dos cabecitas de pelo moreno en el sofá, inclinadas sobre sus teléfonos móviles o sus juegos de cartas. Simon y Petter. Lo mejor que hay en su vida.

Cuando llegó la carta de Kat, Ingrid se preparó una taza de café antes de sentarse a leerla. Curiosamente, no se sintió sorprendida al recibir la invitación... ¿Podía llamarlo así? ¿Reto? ¿Convocatoria? Tal vez siempre había sabido que, tras la blusa remilgada con el cuello vuelto y las gafas colgadas del cuello con una cadenita, un día llegaría el turno de Wildrid. Wildrid, su alma gemela secreta. La que se había quedado en casa cuando Kat se largó hace ya tantos años, pero que, en silencio, asintió y comprendió. Cuyos dedos ansiosos temblaban mientras leía las líneas del texto manuscrito de Kat:

Ingrid, apuesto a que te has quedado un rato de pie con la carta en la mano antes de abrirla. Tal vez la has dejado reposar un rato mientras te preparabas una taza de café. Di la verdad, ¿no te lo esperabas? Nos visitaste en varios de los lugares en los que vivimos, ya sabes que nuestra vida no estaba dedicada a tomar cócteles junto a la piscina ni a divertirnos bajo el sol. Sabes que hemos vivido cortes de electricidad y escasez de agua, mosquitos y malaria. Pero creo que sigues siendo lo bastante fuerte. Lo bastante fuerte como para plantarte contra la soledad y las cenas precocinadas ante el televisor, contra la artritis y las noches vacías. Vestida con un vestido bula de flores y bebiendo kava de un bilo.

Ingrid tuvo que dejar la taza de café sobre la mesita al sentir un estremecimiento que empezaba en su pecho y se le extendía por todo el cuerpo; una sensación que finalmente logró identificar: sentía nostalgia, nostalgia de un lugar en el que nunca había estado. Desde sus manos que sujetaban la hoja de papel hasta los labios, que se abrían en una sonrisa inquieta, añoraba Fiyi. Añoraba a Kat, el pájaro cuyas alas solo había visto desde abajo cuando las extendió, planeando muy alto.

Recuerda con exactitud el momento en que el pájaro alzó el vuelo. Desde una mesa a la sombra, en la terraza del Nilsens Café de Reitvik, un día de agosto de 1965. El silencio se había impuesto, denso y desconcertante, alrededor de la mesa. Como de costumbre, Kat no parecía darse cuenta de la tensión que la rodeaba. Su melena, oscura y brillante, le caía sobre los hombros y las atraía hacia ella, como un círculo susurrante de lunas admiradoras orbitando alrededor del sol. ¿Qué era aquello que les acababa de contar? ¿Se marchaba al día siguiente? ¿A la India? ¿Goa? ¿Tal vez Nepal o Sri Lanka?

Ingrid había mirado alrededor en busca de ayuda... ¿Había alguien que entendiera lo que estaba pasando?

Pero Sina había permanecido en silencio, encorvada, con la mirada vacía y sin mostrar interés, en su propio mundo. ¡Kat podía haber dicho que se marchaba a Marte o a Júpiter! Lisbeth arrugó la nariz, como si ya pudiera oler las especias exóticas y

saborear la comida de un país lejano. La expresión de incredulidad de Maya se había mezclado con algún ingrediente más... ¿Tal vez se le escapaba una sonrisita? Había algo auto-complaciente y mojigato que sacaba del bolsillo de su rígida falda marrón. Las mariposas que Ingrid sentía en el estómago, que le habían estado haciendo cosquillas desde que Kat las llamó al principio de la tarde para convocarlas en el café, se habían convertido en murciélagos agitados y susurrantes. ¿De dónde sacaba Maya aquel aire de superioridad?, si simplemente había sido aceptada en una absurda universidad donde se prepararía para ser maestra. Ingrid también podía haber conseguido una plaza, ¡y Kat también, si hubiera querido!

«Niklas ya ha estado en la India antes.» La voz de Kat resonaba desde algún lugar lejano. «Allí el coste de la vida es muy bajo, y no es difícil conseguir un trabajo para unos cuantos días o semanas. Conoce a alguien en un *ashram* en Madhya Pradesh, que...»

Mientras Kat hablaba, las palabras se habían ido encaramando por la cabeza de Ingrid, formando cenefas sin sentido: *ashram*, meditación, *yogi*. Bajó la vista hacia la mesa mientras con un dedo acariciaba distraídamente el borde de la taza. El curso de contabilidad que estaba a punto de empezar le aseguraría un trabajo, sin duda. El dinero suficiente para vivir de manera autónoma, con el tiempo; la seguridad suficiente para pedir un préstamo o embarcarse en la hipoteca de un apartamento al cabo de unos años. Cerca del parque, imaginó. En el centro, para no necesitar coche.

«Un billete de ida», decía Kat. «Interrail por Europa, y después viajaremos en autostop, si hace falta.»

El silencio alrededor de la mesa había continuado. Lisbeth paseaba un cigarrillo entre sus uñas pintadas de rosa. Sina tenía los brazos cruzados, se abrazaba a sí misma y se balanceaba hacia delante y hacia atrás dentro de su cazadora, demasiado ancha y demasiado gruesa para aquella tarde cálida de verano.

«¡Oh, vamos! ¡Alegraos un poco por mí!» La sonrisa de Kat era cálida, ancha, acogedora. Como siempre, se las había

metido en el bolsillo antes de que ni siquiera fueran conscientes de sus dudas. «¡El mundo es mucho más que Reitvik! ¡Quiero ver muchas más cosas!»

Algo en Ingrid la mantenía distante. Su entusiasmo se había quedado en un nudo que quería salir por su garganta y volar a través de sus labios como un globo desatado: «¡Claro! ¡Qué maravilla!». Pero, en vez de eso, no era capaz de quitarse de la cabeza la imagen de Niklas. Su pelo, más largo que el de Kat, las arruguitas alrededor de los ojos al reírse, que revelaban que se había graduado en el mundo adulto hacía ya un tiempo. Había viajado por América del Sur sin un céntimo y había visto más mundo del que ellas podían haber leído en toda su biblioteca. Mientras ellas habían estado haciendo sus pequeños planes, ese chico sueco, ¡ese *hombre*, que las sacaba casi diez años!, había trabajado recogiendo fruta en Nueva Zelanda y como monitor de esquí en Canadá. Así que eso era lo que Kat quería. Había hablado alguna vez de «trabajar un año antes de decidirme a ingresar en la universidad», pero nunca había comentado ningún plan concreto, por lo que Ingrid sabía. No hasta que apareció Niklas al principio del verano a ofrecer sus servicios como pintor y encargado de mantenimiento de la casa. «Tiene previsto viajar a Nordkapp», les había explicado Kat, y desde luego, Niklas desapareció unas cuantas semanas, pero luego volvió. Y ahí estaba Kat, describiendo su siguiente acto de desaparición, en el que seguramente ella también participaría. «Mis padres os van a preguntar —les dijo, mirándolas una a una—, o sea que les podéis decir la verdad, que no sé exactamente adónde vamos a ir.»

Su risa se escapó como perlas que tintinearán por encima de las tazas vacías y las servilletas arrugadas y provocó que el helado se fundiera y se derramara por el borde de los cucuruchos. «No pongas esa cara de pena, Ingrid», le dijo, posando la mano encima de la de su amiga. «¡Solo imagina todas las historias que os contaré cuando vuelva!»

Todas asintieron con la cabeza; Maya incluso expresó un «¡Qué emocionante!». Pero Ingrid solo pensaba una cosa: esto,

aquí, es donde ocurre. Aquí es donde nos separamos. Maya se irá a estudiar ciencias de la educación a Hamar. Lisbeth se casará, aquí en Reitvik. Sina, Dios sabe lo que ocurre tras esa cara taciturna; si encuentra un trabajo, probablemente también se quede aquí. Pero Kat se marcha. El viento aminora. Nuestras velas cuelgan flojas y sin rumbo. El centro se disuelve en un millón de diminutas partículas de polvo y se transforma en un vacío interminable y monótono. Aquí y ahora es donde nos separamos.

—**Q**ué tontería —fue todo lo que dijo Kjell cuando le contó lo de Fiyi—. ¿De qué me estás hablando? ¿Te has vuelto loca? Eres demasiado...

Se detuvo a tiempo, pero Ingrid oyó la palabra mientras se detenía dentro de sus labios. *Vieja*. Eres demasiado vieja. Su hermano, solo cuatro años menor que ella, al parecer se sentía cualificado para decidir qué tipo de oportunidades habían caducado para ella. Mudarse al Pacífico Sur era, obviamente, una de ellas.

Ella acabó la frase:

—¿Demasiado vieja, Kjell? ¿Demasiado vieja para hacer cualquier cosa que no sea quedarme en casa a esperar que me paguen la pensión? ¿Para ver concursos de la tele y quizá ir de vez en cuando de crucero hasta Dinamarca?

—¿Qué dices? Hay un montón de cosas que...

—¿Como qué? ¿Viajar en autocar hasta Tallin? ¿Ir a Suecia un par de veces al año contigo, a comprar embutidos baratos? ¿O quizá estar lo bastante loca para aceptar un salto en parapente con un monitor como regalo de mi setenta cumpleaños?

—De acuerdo, pero... ¡El Pacífico Sur, Ingrid! ¿Qué sabes de ese lugar? Y no has vuelto a ver a Kat desde... ¡hace no sé cuántos años!

¿Y qué sabes tú del Pacífico Sur?, quiso preguntarle, pero no lo hizo. Kjell sabía muy poco de nada, esa era la verdad. Excepto de perros de caza. Y de ruedas de coche. Como jefe

de compras de una empresa de neumáticos, apenas se le escapaba ningún detalle sobre vulcanización, profundidad del dibujo y equilibrio de la dirección.

En realidad, ella sabía muchas más cosas que él sobre Fiyi. La misma noche en la que recibió la carta estuvo investigando por internet. Consultó la cifra de población del país (menos de un millón), el número de islas (treinta y pico habitadas, más de trescientas en total), el historial étnico de la población (cerca del cuarenta por ciento de origen indio; el resto, descendientes de melanesios), su religión (cristianos, casi todos metodistas; hindúes y algunos musulmanes), las principales actividades económicas (turismo, producción de azúcar y de copra). «Sé bastante», pudo haberle respondido a su hermano. Pero él no esperó la respuesta.

—¡Tú no eres así, Ingrid! Tirar toda tu vida por la ventana es totalmente... ¡irresponsable!

¿Podía oírse hablar? ¿De quién demonios creía que ella era responsable, aparte de sí misma? Las palabras de Kat parpadeaban delante de sus ojos. «¡Deja atrás todo aquello que no ha funcionado! ¡Llévate todo lo que todavía importa!»

—Siempre he cuidado de mí misma, Kjell, y tengo intención de seguir haciéndolo. He pagado mi hipoteca y tengo dinero suficiente en el banco para comprarme un billete de vuelta cuando me dé la gana. ¿Por qué te enfadas tanto? ¿No puedes alegrarte por mí? ¿No crees que me merezco un poco de chocolate negro y un poco de coco? ¿No he comido ya suficientes patatas con arenque en mi vida?

La mirada gélida de su hermano le demostraba que no entendía nada: ¿patatas con arenque? ¿De qué le estaba hablando? Se pasó la mano por el pelo cada vez más escaso y probó con otro enfoque:

—Bueno, ¿y qué hay de nosotros? ¡Los chicos, Simon y Petter, te echarán mucho de menos! Y Arve también —añadió apresuradamente, como un furgón de cola que se añadiera al tren en marcha en el último minuto—. ¡Pensaré que te has vuelto loca!